

Negrerías: conciencia racial y revolución social¹

Aimé Césaire

Le matérialisme ne dit point que les pensées
ne sont pas efficaces, mais seulement que leurs
causes ne sont pas des pensées. Que leurs effets
ne sont pas des pensées².

Nizan, *Les Chiens de garde*

¿Cuál revolución ha sido hecha alguna vez por un pueblo inocente de curiosidades? ¿Quién sublevó alguna vez un juguete contra su dueño? Sin embargo, allí está la proeza que desean emprender nuestros revolucionarios negros cuando exigen al negro rebelarse contra el capitalismo que lo oprime. De este modo, ¿cómo llamar a un pueblo de asimilados de manera distinta que “un juguete”? Dostoievski ya lo dijo, o casi: toda raza que cree que no tiene nada para decirle al mundo no es más que una “curiosidad étnica” y todo individuo es un juguete cuando cree que, en el encuentro del recibir y del dar, su pueblo llega con las manos vacías.

“¡Actuad!”, dicen al negro. Pero como actuar es crear, y como crear es amasar y hacer brotar su natural sustancia, el negro de nuestro hogar no actuará, puesto que se distrae de sí y vive aparte de sí mismo.

¹ La versión en francés se encuentra en la revista *Les Temps Modernes*, N° 676, 2013/5, pp. 249-251, y apareció originalmente en *L'Étudiant Noir*, N° 3, mayo-junio de 1935, pp. 1-2. La presente traducción es de Gabriel González Castro. *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos* agradece la autorización de *Les Temps Modernes* para publicar esta traducción, que permite dar a conocer este texto por primera vez en una versión en castellano.

² El materialismo no dice que los pensamientos no son eficaces, sino solo que sus causas no son pensamientos. Que sus efectos no son pensamientos.

En efecto, un mal extraño nos carcome en las Antillas: un temor hacia uno mismo, una capitulación del ser frente al parecer, una debilidad que empuja a un pueblo de explotados a darle la espalda a su naturaleza, porque una raza de explotadores lo avergüenza con el pérfido propósito de abolir “la conciencia propia de los explotados”.

Los explotadores blancos nos han dado, a nosotros los explotados negros, una cultura, pero una cultura blanca; una civilización, pero una civilización blanca; una moral, pero una moral blanca; nos paralizan con mallas invisibles para el caso hipotético en donde nos liberásemos de la más sensible esclavitud material que ellos nos han impuesto. Y urden su trama, pacientemente, incansablemente, por medio de la astucia diligente hasta que muramos en el conocimiento de nosotros mismos.

Ahora bien, si es verdad que el filósofo revolucionario es el que elabora las técnicas de liberación, si es verdad que la obra de la dialéctica revolucionaria es distraer “todas las falsas percepciones prodigadas a los hombres para cubrir con un velo su servidumbre”, ¿acaso no debemos denunciar la soporífera cultura identitaria y situar, bajo las prisiones que el capitalismo blanco edificó para nosotros, cada uno de nuestros valores raciales como varias bombas libertadoras? Han olvidado entonces lo principal aquellos que le dicen al negro que se rebele sin primero hacerle tomar conciencia de sí, sin decirle que él es bello y bueno y legítimo por ser negro.

Han olvidado de hablarle al negro el único lenguaje que pueda legítimamente escuchar, ya que, diferente de aquel del “empleado de la oficina de M. Gradgrind³”, “el esclavo negro” aún tiene la sangre rica de afectos humanos y que es desde un afecto humano, como lo señala Chesterton, que él querrá la fidelidad o la libertad.

La verdad es que aquellos que predicán la rebelión al negro no tienen fe en el negro y que, en el orgullo de ser revolucionarios, olvidan que, primero y ante todo, son negros: esclavitud todavía y de la especie más estéril.

El héroe Paul Morand, que “asimiló” Occide⁴, es revolucionario

³ M. Gradgrind, personaje de *Tiempos difíciles* (1854) de Charles Dickens, es un maestro de escuela cuya única pasión es llenar de datos útiles las cabezas de sus alumnos.

⁴ N. DEL. T.: Occide Jeanty (1860-1936), músico, compositor y jefe de orquesta haitiano. Su padre, Occilius Jeanty, llegó a ser director del Cuerpo Militar de Música del Palacio Nacional y director de la École Centrale de Musique de Port-au-Prince, escuela que en la que el propio Occide cursó su formación musical inicial, la que sería profundizada con una beca de estudios en París. A su vuelta a París en 1885,

también: gracias a él, Haití tiene sus sóviets, Port-au-Prince se convierte en Octobreville; ¡linda ventaja si sigue siendo prisionero de los blancos, simio inútilmente imitador!

Lástima por aquellos que se contentan de ser unos Occide por desprecio de eso que llaman “racismo”. Nosotros queremos explotar nuestros propios valores, conocer nuestras fuerzas a través de la experiencia personal, cavar nuestro propio dominio racial, seguros de que debemos encontrar, en el fondo, las fuentes que surgen del humano universal.

De este modo, entonces, antes de hacer la revolución y para hacer la revolución —la verdadera—, la marejada destructora y no la sacudida de superficie, es esencial una condición: romper la identificación mecánica de las razas, desgarrar los valores superficiales, capturar dentro de nosotros el negro inmediato, plantar nuestra negritud como un hermoso árbol hasta que tenga sus frutos más auténticos.

Solamente entonces tendremos conciencia de nosotros; solamente entonces sabremos hasta dónde podemos correr solos; solamente entonces sabremos dónde el aliento nos falta y, como nosotros tendremos captada nuestra diferencia particular y “gozaremos legítimamente de nuestro ser”, podremos triunfar sobre todas las esclavitudes, nacidas de la “civilización”.

Ser revolucionario está bien; pero para nosotros como negros es insuficiente; nosotros no debemos ser revolucionarios accidentalmente negros, sino propiamente negros revolucionarios, y conviene ponerle el acento tanto en el sustantivo como en el calificativo.

Es por eso que a aquellos que desean ser revolucionarios únicamente para poder burlarse del negro por la nariz “suficientemente aplanada”; es por eso que a aquellos que creen en Marx únicamente para pasar la línea, decimos: para la revolución trabajamos, para tomar posesión de nosotros mismos, dominando la alta cultura oficial blanca, “aparejo espiritual” del imperialismo conquistador.

Dedicarnos con valentía a la tarea cultural, sin miedo de caer en un idealismo burgués, el idealismo que ha sido el que considera la idea como hija de la Idea y como matriz de las Ideas, como lo vemos, nosotros, una promesa que no puede sino florecer en un arbolado de actos.

el presidente de turno, Lysius Salomonlo, lo asigna al Cuerpo Militar de Música del Palacio Nacional, lugar donde mayormente concentra su producción y donde compuso varias marchas militares.

Sí, trabajamos en ser negros con la certeza de que es trabajar por la revolución, ya que eso hará la revolución, la cual estará en su fuerza, y aquello que está en su fuerza está en su verdadero carácter.